



# RECUERDO DE ANTONIO ACEVEDO HERNÁNDEZ

por Luis Merino Reyes

Antonio Acevedo Hernández, el popular y apasionado escritor nacional fallecido hace diez años, después de pasar un tiempo con su memoria hundida en las sombras, lo conocimos de cerca en la redacción de un diario vespertino. Allí hacíamos periodismo literario, una tarea muy semejante a la de pretender arar sobre las olas del mar. Acevedo ya estaba fatigado y escribía poco. Recuerdo un período que va de 1946 a 1957; pero, acudía al diario, se interesaba por las opiniones de la gente más joven, opinaba con raro agudeza y belicidad acerca de los libros en boga. En esos tiempos publicó Luis Durand su famosa novela "Frontera" y, andaba como un molusco sin caparazón recibiendo y adivinando opiniones. "A mí me parece raro —habló Acevedo— que Durand haga morir a la protagonista de viruela, cuando era mujer que vivía en el campo, no en la zona más poblada y sucia de la ciudad". Sus primeras actitudes con nosotros mismos, fueron iracundas: primero no le gustó el acento de nuestras crónicas, a su juicio, excesivamente analistas, dolorosas, pesimistas. "¡Qué carga de dolor humano traes a cuestras!", nos dijo una mañana en la calle. Acaso tenía razón; después tuvimos una polémica por el desenlace de la obra teatral "El padre", de Augusto Strindberg que él narra de una manera y yo de otra, entonces nos injurió con acritud, pero al día siguiente nos buscaba para decirnos que se había equivocado y que teníamos razón. Ese rasgo en un hombre de su edad y de su categoría, nos produjo una fuerte emoción y, desde entonces, nunca dejamos de saludarnos sin abrazarnos como entrañables amigos.

Antonio era un hombre en movimiento; tenía la estampa móvil del chileno que viene de los oficios ma-

nuales más duros. Había nacido en Angel, el 8 de marzo de 1887 y tendría en la actualidad 85 años. Esto lo anotamos porque al cumplir 60 años, nos manifestó asombrado que esa cifra sobre sus hombros no le parecía cierta. Pasó la escuela primaria en Temuco y después se trasladó a Chillán, donde ingresó a una escuela taller para aprender carpintería. En 1899 fue empleado del Registro Civil, en seguida dependiente de una tienda y de la Feria chillaneja, después laboró como carpintero. Aprendió a leer y esto lo decimos como elogio a su memoria, a los 20 años. El primer libro que cayó en sus manos fue "El viaje del peregrino", pronto "El Quijote" y la Biblia, luego, todo lo que puede leer un voraz autodidacta, un tragalibros, como dicen los campesinos. "Es un hombre, dijo de él Angel Cruchaga Santa María, que sabe mucho del mundo y que aún puede sonreír detrás de su cotidiano sufrimiento". Escribió novelas, cuentos, crónicas, obras de teatro y su línea más importante de creación tiene indudablemente dos clásicos sudamericanos: el uruguayo Florencio Sánchez, en el teatro y, José Hernández, en la poesía popular.

Como hombre cotidiano, Antonio Acevedo era el chileno andariego que va bregando por la dura vida, buscándose su dicha y sus oprobios. Recuerdo haberlo oído pronunciar en las antiguas ferias del libro, organizadas por la SECH, unas diatribas inmensas, interminables. Era, y ahora lo vemos con mucha nitidez, un gran escritor de nuestra tierra, incomprendido por la mayoría, disminuido por las polillas literarias, que andaba defendiéndose, haciendo sentir el peso inequívoco de su obra, algo que todos reconocen cuando, después de una vida de miseria, el artista sucumbe.

El Teatro Experimental, hoy Departamento de Teatro de la Universidad de Chile, estrenó su drama popular "Chañarcillo",

adaptado y dirigido magistralmente por Pedro de la Barra, en mayo de 1953 y, entonces, nosotros escribimos: "Chile y los chilenos permanecen y se agigantan desde el primer cuadro hasta el último. Tal es, a nuestro juicio, el mayor mérito del estreno: lograr algo así como una "Fuenteovejuna" de Chile, mediante un gran dramaturgo nacional, un esmerado conjunto de actores, una hábil dirección".

Publicada esta crónica, Antonio Acevedo Hernández nos miró hondamente a los ojos y nos dió su abrazo fraternal.

Su labor poética más conocida está representada en el romance "Las aventuras del roto Juan García", publicado en 1938 y que algunos han emparentado al "Martín Fierro" del argentino José Hernández. Así describe por dentro y por fuera Antonio Acevedo una riña de hombre a hombre. "Ha venio mucha gente / a ver la pelea franca. / Se para, me mira y loco / sus manos pone en mi cara; / y yo le toco de nuevo / con un golpe a la garganta. / cae volviendo los ojos / y muy luego se levanta. / después esquiva los golpes / haciendo pelea falsa. / Me castiga y no le pego. / nunca mi puño lo alcanza. / es ligero como el viento / y así su contrario cansa. / mas yo no me entriego pronto. / pa' ganarme hay que acuñarlas. / Todos están almiraos. / "¡Es la ley", grita la barra".

Consumida la dura existencia de Antonio Acevedo Hernández, uno de nuestros héroes civiles, muchos personajes acudieron hasta su féretro y pronunciaron discursos. Nosotros meditamos tristemente en que vivió y murió muy pobre, sin más renta que una pensión de 150 escudos, que le concedió el Gobierno de la época, poco antes de que muriera. Había laborado en empresas periodísticas, cuyos dueños saltaban del auto al avión en sus esparcimientos; conmovió con sus dramas a públicos numerosos, exaltó y divulgó las leyendas populares chilenas, las reservas imprevisibles de nuestro pueblo silencioso y hábil. Todo un cometido y una tarea que en un país desarrollado socialmente, proporciona esa tranquilidad que busca el buen escritor auténtico sin otro fin que trabajar.